

EL ARPA DEL CREYENTE.

PERIODICO SEMANAL

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

FAUSTO.

Poema dramático

DE GOETHE.

I.

.....Les erreurs des sophistes peuvent étre un temoignage de leur intelligence; mais elles sont aussi un temoignage du pouvoir de la raison humaine qui sait les démeler et les reprouver!....

L'AIMÉ MARTIN. (Plan d'une bibliothèque universelle.)

ARTICULO PRIMERO.

QUANTO por las admirables bellezas literarias de que abunda, como por sus tendencias, es el *Fausto* de Goethe una de las creaciones mas importantes del genio. Una funesta mezcla de creencias y escepticismo; el vuelo poético de la fantasía, estrellándose contra el dique que opone un estudio constante y tenaz de la ciencia; una vida, si bien al parecer pacífica, combatida por la misantropía, por las supersticiones, por los remordimientos; y unido á todo esto esa especie de infernal ironía con que

miraba Goethe las flaquezas de la humanidad, debian producir una obra colosal en verdad, pero que, como ha dicho bien un célebre crítico, es la «Biblia del panteísmo», y debe ser juzgada, á nuestro ver, no como obra moralmente filosófica, sino como el sueño de un poeta sabio y demente.

Estamos conformes con el principio de «que la ciencia y la fé no pueden destruirse la una á la otra, sino al contrario completarse mutuamente», y creemos que si adonde la ciencia alcanza la fé es inútil, donde la ciencia pierde su fuerza debemos guardarnos de disputar á la fé sus derechos incontestables. Cuando el hombre se despoja de sus consoladoras ilusiones, y se lanza en alas del materialismo, y somete al análisis los sublimes misterios de la Religion, parece que una fuerza sobrenatural, divina, le pierde en los enmarañados senderos de la metafísica, le confunde, y cuando ya creia tocar la cumbre desde donde se dominan los arcanos, cae rodando de precipicio en precipicio, y ve que al cabo de largos años de estudio solo sabe que es infeliz.

Goethe, como la Eva de la Biblia, quiso conocer el árbol de la ciencia, y hallóse luego, lejos del paraíso de sus ilusiones: orgulloso, como Luzbel, quiso sorprender la sabiduría y el poder de Dios, y su imaginación fué su infierno. No obstante juzgarse, ya con el deseo, emancipado de un porvenir aterrador Goethe, tiembla al solo pensamiento de que tiene que morir. Y no es la muerte lo que le espanta; es el aparato lúgubre que la Religion le da lo que repugna al orgullo innato de la inteligencia. De aquí proviene que él odie el catolicismo; él, que ha proclamado la soberanía de la muerte; él, que la ha creído el único bálsamo capaz de cicatrizar las heridas que sus pasiones le han abierto.

El eco lamentable de las campanas le importuna; todos esos símbolos consoladores, pero melancólicos, con que la Religión puebla el campo, turban la serenidad que al pasearse en la primavera su corazón disfruta. Aun el mirar la cruz de Jesús, signo divino de la redención, le es repugnante. Goethe en su vida, en sus escritos es un filósofo pagano; en todo se observan sus dudas; empero su alma de poeta se resiste á creer en la mortalidad del espíritu. «¿Será, dice, tan loca la naturaleza que aglomere partículas tan inteligentes, para entregarlas después á merced de todos los huracanes, y destruir así este conjunto que con tanto esmero ha ligado y mantenido?»

Los estrechos límites de este periódico nos impiden continuar nuestras reflexiones generales sobre Goethe; así nos ceñiremos solo á examinar la primera parte de su poema, como la mas interesante á nuestros lectores.

No pertenece esta obra á ningún género conocido: ni es tragedia, ni novela. Hay rasgos patéticos y sublimes como los de Shakespeare, é ironía cruel como en Aristófanes. *Fausto* admira, conmueve y entenece; pero no deja en el alma ninguna impresión dulce. Aunque aparezcan castigados la presunción y el vicio, no se advierte en este castigo una mano bienhechora. Diríase mas bien que el principio del mal dirige la venganza contra el crimen que él mismo hace cometer; y el remordimiento, tal como está pintado en esta obra, parece venir del infierno, lo mismo que la falta.

La historia maravillosa del «doctor Fausto, ó la ciencia desdichada» es una tradición generalmente esparcida en Alemania. Algunos autores ingleses, de los muchos que han escrito sobre la vida de este doctor, le atribuyen la invención de la imprenta. Su inmenso saber no impidió el que se fastidiara de la vida, y para librarse de este fastidio hizo pacto con el diablo.

Hay atrevida creación en la obra de Goethe; pero un caos de ideas inesplicables. Milton hizo á Satanás mas grande que el hombre. Miguel Ángel y el Dante le dieron las formas horribles del animal, combinadas con la figura humana; Goethe le ha concebido muy diferente: su Mephistopheles es un diablo civilizado. Maneja con arte esa mofa, ligera al parecer, que puede muy bien unirse con una grande y perversa profundidad; considera como simpleza ó afectación cuanto es sensible. Es mojado sin ser tímido; desdenoso sin ser osado; algo de galante con las mujeres, porque en esta sola circunstancia le es preciso engañar para seducir; y lo que él entiende por seducir es poner en práctica las pasiones de otros; todo lo puede fingir menos el amor; su figura es malévolá, baja y falsa. Mephistopheles se burla del talento como una de las mas grandes ridiculeces, al mismo tiempo que parece tomarse mucho interés por lo que es esto en el mundo, y principalmente cuando mas nos hace confiar en nuestras fuerzas. Cosa singular es que la suprema maldad y la sabiduría divina, aliadas aquí, reconozcan ambas igualmente el vacío y la debili-

dad de todo cuanto existe en la tierra; pero la una proclama solo esta verdad para disgustar del bien, y la otra para elevar sobre el mal.

Goethe ha querido mostrar por medio de Mephistopheles, personaje real y fantástico á la vez, la mas amarga mofa que el desorden puede inspirar al través de una mentida jovialidad. Hay en el discurso de este diablo una ironía bárbara que alcanza á la creación entera, y juzga tiránicamente el universo como un mal libro, de que el diablo se hace censor (1).

Si no hubiese en la obra de Goethe mas que mofa picante y filosófica, se hallaría en muchos escritos de Voltaire una especie de talento análogo; pero se advierte aquí una imaginación de muy diferente naturaleza. No aparece en *Fausto* solamente el mundo moral, tal cual es, corregido y anonadado, sino el infierno puesto en lugar suyo. Hay un poder de hechicería, una poesía de mal principio; una embriaguez de maldad, una originalidad de pensamiento que hace temblar, reír, y llorar á la vez. Parece que el gobierno de la tierra se halla en manos del demonio: temblais porque es inexorable; reis porque humilla todo aquel que tiene satisfecho su amor propio; llorais porque la naturaleza humana, vista así desde las profundidades del infierno, inspira dolorosa piedad.

El carácter de Mephistopheles deja ver un indecible conocimiento de la sociedad, de la naturaleza, y de lo maravilloso. Esta creación es la pesadilla del talento; pero una pesadilla que redobla su fuerza. Echase de ver en ella la revelación diabólica de la incredulidad; de esa incredulidad que se ceba sobre todos los seres del mundo, buenos ó malos; y quizá esta revelación seria digna de temerse por sus funestas tendencias, si las terribles circunstancias, que son los resultados de las pérdidas intenciones de Mephistopheles, no inspirasen horror para con su arrogante lenguaje, y no hiciesen conocer la traidora maldad que encierra.

El carácter de Fausto representa la humanidad con todas sus flaquezas: deseo de saber, y desaliento del trabajo, necesidad del éxito, saciedad del placer. Es un perfecto modelo del ser móvil é inconstante, cuyos sentimientos son aun mas efímeros que la breve vida de que se quiere. Fausto tiene mas ambición que fuerza, y esa agitación íntima le pone en contra de la naturaleza, y le hace recurrir á todos los sortilegios para sustraerse á las condiciones duras, pero necesarias, impuestas al hombre mortal.

Fausto, poseído de un ciego egoísmo, ha abandonado los goces puros, inocentes, que Dios concediera al hombre en la tierra; todo, todo lo ha sacrificado á esa pugna con los insondables arcanos de las ciencias mas abstractas que en su loco orgullo creyó poder sostener dignamente.

Goethe ha pintado estos sentimientos magistralmente, porque los sentía. Su carácter tiene

(1) Madame Staël.

íntima afinidad con el de Fausto. También Goethe, como su héroe, abstraído en el culto de su pensamiento, único culto que su egoísmo le permitía, rodeóse de una barrera de frialdad, é hizo desgraciados á cuantos seres le cobraron entusiasta amor. Y ¡ay del hombre, cuya alma se ha cerrado á esas sensaciones mágicas, gérmen de toda dicha! San Pablo lo ha dicho antes que nosotros. — «Aunque yo hablase todos los idiomas de los hombres, y el lenguaje mismo de los ángeles, si no tengo amor, no seré mas que un metal sonante, un címbalo ruidoso; y aunque tuviese el don de la profecía; aunque penetrase todos los misterios; aunque poseyese la perfección de la ciencia; aunque estuviera dotado de toda la fé posible, si no tengo amor, no puedo ser nada; y aun cuando distribuya todos mis bienes entre los pobres, y dé mi cuerpo para que sea quemado en martirio, si no tengo amor, de nada me servirá todo eso. El amor es sufrido, dulce y benéfico; el amor no es envidioso; no es tumultuoso y precipitado; no se ensorbece; no es desdenoso, y no busca su propio interés, ni se irrita jamás.»

Este amor á la humanidad, manantial, inefable de toda paz interior, es el que falta á Fausto en medio de las innumerables cosas que posee. De ahí proviene su miseria. Fausto, dotado de una imaginación fogosa, ha crecido entre los libros y los pergaminos, y su juventud se ha consumido en la atmósfera húmeda y sombría de las salas de estudio, en lugar de desarrollarse al sol, al aire libre, y en el trato de los hombres. Lo abstracto del estudio ofusca su mente, y por distracción á esta actividad ansiosa de su cabeza, por contrapeso necesario no tiene nada en el corazón, nada de esa vida concreta, fresca y consoladora; de la vida humana, en una palabra. Su espíritu ha concluido por evocar en torno suyo un mundo, un caos de conocimientos sin aplicación saludable, sensaciones que conducen á la desesperación, formas inertes donde falta la pulsación vital, el calor.

Fausto siente el vacío infinito de su existencia; un ardor espontáneo, un deseo desconocido le arrebatan hácia un estado que él mismo no puede darse cuenta. Su carácter es inconstante; las pasiones del mundo le llaman á sí; ansia satisfacerlas; ansia entregarse á ellas; y el diablo, á quien Dios ha concedido permiso de tentarle, viene bajo el nombre de Mephistopheles, y le promete hacerle dueño de todos los goces de la tierra; pero al mismo tiempo sabe con su falaz ironía disgustarle de todos; pues la verdadera maldad seca el alma de tal manera, que acaba por inspirarle una indiferencia profunda, así para con los placeres, como para con las virtudes.

No obstante la amarga filosofía que generalmente surge de este libro, se observa con frecuencia que el alma del poeta no puede menos de elevarse espontáneamente á la altura de los sentimientos religiosos; y aunque los considera mas bien como una nueva mitología, su co-

razón, sin embargo, se deja arrebatar de esa inmensa luz, de esas bellezas eternas que, aunque la mente obcecada niegue, no puede menos de confesar el corazón sensible y poético.

En el próximo artículo daremos á conocer las bellezas, así de concepción como de expresión, que hacen que este poema ocupe siempre un lugar muy importante en el reino del pensamiento. Entonces el lector confirmará todas nuestras aserciones.

R. MITJANA.



EL SALTO DEL FRAILE.

(Conclusion. Véanse los números 2 y 3.)

Su rostro estaba pálido, y la mirada de sus hermosos ojos era lánguida y melancólica, como la del proscrito que desde extranjera playa dirige su vista hacia el sitio donde está su país natal.

Un silbido agudo se oyó; Teresa se levantó con presteza, y llegando al borde de un precipicio se asió á las ramas de una añosa encina, é inclinó un poco el cuerpo para poder mirar al fondo; ángel de hermosura, á quien el silbo de la envenenada serpiente atrae á la perdición.

Paquiro subía por las rocas con una agilidad increíble, y el Tano les seguía en pos.

Llegaron en fin al lado de Teresa, y esta, siguiendo el primer impulso de su alma, se acercó en ademán amoroso; mas se detuvo al observar el aspecto terrible del rostro de su amante, en el que había sucedido una gran mudanza.

Su respiración era agitada, sus facciones estaban contraídas, sus ojos tenían una expresión siniestra, y sus cabellos en desordenada maraña caían sobre su frente livida, dándole un aspecto todavía mas sombrío; todo su traje estaba descompuesto y empapado en agua y cieno.

Quedó por algunos instantes inmóvil, examinando con su espantada mirada á Teresa; un

rayo de alegría brilló en fin en sus ojos; pero pasó rápido, cual la luz azufrada del relámpago en la tenebrosa tormenta; tomó con cariño la mano de su amada, y sin proferir una sola palabra se encaminaron á la gruta.

El Tano los seguía; cerca ya de la guarida se detuvo, dió con la cox de su retaco un golpe, meneó la cabeza con rabia, se hechó el sombrero hacia atrás, y se volvió por el sendero que habia subido.

Llegaron los amantes á la gruta, colocáronse cerca de la lumbre, y Teresa, tomando cariñosamente la mano de Paquiro, le preguntó qué le habia sucedido.

—Una horrible realidad, un ensueño mas horrible, y que ha hecho que mi alma sufra y esté sufriendo los mayores tormentos.

Entonces le refirió su encuentro con el fraile, y la pérdida de la santa reliquia; despues se detuvo, palideció, y su mirada se hizo aun mas terrible y sombría.

—Pero ese ensueño, Paquiro.... ¡ah! refiércelo, quizá sientas alivio al comunicármelo; yo soy tu querida, por tí arrostraré los mayores peligros, y solo por consolarte daré la mitad de mi vida.

Paquiro la miró con ternura, sonrió con esa especie de sonrisa forzada que en los hombres sustituye á veces al llanto, y que es involuntaria, y solo producida por una contraccion de los nervios de nuestro rostro.

—Voy á complacerte, alma mia, aunque tal vez esta complacencia sea perjudicial á entrambos.

Hizo una pequeña pausa, se quitó el sombrero, y sentándose sobre un tronco, prosiguió así:

—En mi furor insano y desesperada ira bajé al arroyo, cual torrente que despeñado arrasa el sitio por do pasa; mis compañeros me seguían en tropel.

¡Ah! tú no has visto ese sitio, cuyo solo recuerdo me hace estremecer ahora!... Busqué con ansiedad desesperada el relicario, y todos mis compañeros tambien; mas solo vimos el cadáver mutilado del sacerdote, y las aguas del arroyo teñidas en su sangre. Ellos se esparcieron y me dejaron solo; pero nunca vimos el relicario, y siempre teníamos delante el mutilado cadáver! Fatigado y falto de fuerzas me senté en una piedra, cuyo asiento manchaba el agua cenagosa y turbia de la corriente.

Aquel sitio tiene algo de funesto sin duda; jamás los rayos del sol ejercieron su benéfica influencia en las enfermizas plantas y abrojos de que está todo sembrado; desde la fosa no se puede ver el azulado hermoso del firmamento sino de frente; la mirada atrevida que se dirige á lo alto solo descubre una altísima gigantesca muralla de peñascos salientes, que parecen estar prontos á lanzarse al profundo; sin cesar caen de entre las peñas gotas de agua en acompasado sonido, y vienen á mezclarse con la turbia del arroyo; infinidad de cuervos que anidan en la altura entre las grietas de las rocas, revoloteaban sobre el abismo, y sus lúgubres grazni-

dos, el murmullo del arroyo, y el sonido que hacían las gotas de agua al caer, arrullaron mi sueño.

No me acuerdo del número de pensamientos que al principio se sucedieron en mi mente; los recuerdos de mi juventud se aparecieron con tan resaltante colorido, que otra vez me hicieron juzgarme feliz! El lugar distinguido que ocupaba en esa sociedad que me escluye hoy justamente, y con oprobio, de su seno, y la tranquilidad de mi alma, entonces exentas de remordimientos; despues en confuso tropel de ideas creí estar viendo á mi madre moribunda entregándome la santa reliquia, y yo jurándola que jamás se apartaría de mí.... ¡Madre mia! Mi ensueño iba siendo cada vez mas triste y terrible: presentáronse á mi fantasía los acontecimientos fatales que me han conducido al infortunio.

Una idea lisonjera vino por un momento á consolarme, me parecía que en mi azarosa vida me habia transportado á un sitio delicioso, rico en olores, en flores vistosísimas, en arroyuelos puros cuyos limpidos cristales jugueteaban entre los pies de los rosales, y los jazmines y madre selvas.

Allí estabas tú, vestida con telas blanquísimas, entre cuyos pliegues se escondían los zefirillos ligeros; tus hermosos cabellos negros caían sobre tus hombros, cargados de perfumes. Yo me postré ante tu deidad, te dije amores, y tú me sonreíste; y abandonando aquel sitio de celestial dulzura, me seguíste á la fragosa sierra.

De repente creí oír un ruido confuso que iba creciendo por momentos, y la tempestad estalló en el firmamento con furibundo eco.

Me parecía oír un inmenso vocerío y llantos, y gemidos, y furiosas amenazas; vuelvo la cabeza y distingo los rostros lívidos de los que mi brazo ha inmolado, que con sarcástica sonrisa me miraban, y llevando la mano á sus heridas la empapaban en sangre, y me salpicaban el rostro con ella.... ah! aquellas gotas achicharraban mis carnes!... Vuelvo mi espantosa mirada y veo otra multitud que con amenazantes aspectos me amagaban, y todos á la vez en infernal coro de voces destempladas gritaban. — Asesino!... bandido, devuélveme lo que he ganado con el sudor de mi frente! Y sentí que el oro que llevaba en mis bolsillos se reunió y formó una culebra que apretaba mi garganta; yerto de terror cierró los ojos, no pudiendo sufrir la vista de aquellos espectros; pero en vano mis ojos se cerraban!

Un tropel de cruces remordimientos, cuyas formas fatídicas y descarnadas no acierto á pintarte, corrieron en danza diabólica hacia mí, y me levantaron los párpados, y á pesar de mis esfuerzos me obligaban á dirigir la vista á un cadalso donde yo mismo me miré sentado, y oí á la muchedumbre aplaudir mi muerte; otro traía en sus brazos descarnados al fraile, el cual, aunque cadáver y destrozado, clavaba su mirada en mí, y con acento entre terrible y bondadoso exclamaba: Dios te perdone!... Di un agudo chillido y desperté; me habia caído de la piedra, y estaba cerca del cadáver del religioso. Las fuerzas

me faltaron, y sentí un vértigo cual si fuera mi última hora...; no sé cuanto tiempo permanecí en aquel estado; pero al despertar ví á mi lado al Tano, que me ayudó á levantar.

Teresa palideció, sintió su pecho oprimido, y quiso llorar; pero sus ojos no tenían lágrimas; cayó desvanecida en los brazos de Paquiro.

Se oyó el agudo sonido de una corneta, y al mismo tiempo se presentó un bandido á la puerta de la gruta, y dijo:

—Capitan, estamos cercados por la tropa!

Paquiro frunció el entrecejo, y en su mirada se veía la furia del león acosado en su guarida.

V.

Cien y cien voces, imprecaciones de furia, gemidos, súplicas, amenazas, y el estampido tremebundo de las armas de fuego, resonaron á la vez en el ámbito de la alta sierra.

Igualmente decididos y denodados los cercadores y los bandidos, defendían el terreno palmo á palmo; acosados los últimos, por do quier se habían refugiado en la altura, y parapetado tras los peñascos; sus tiros eran certeros, y mas de un soldado habia descendido en la agonia, dando vueltas y revueltas por el mismo sendero que intrépido subiera alentado por la gloria.

La posicion que ocupaban Paquiro y los suyos era ventajosísima, y solo á costa de muchas vidas podia ser tomada; pero al fin tuvieron que ceder: solo cuatro quedaron en estado de combatir; los restantes yacían sin vida. Paquiro, con varias heridas, cubierto de sangre, y con un valor desesperado, se defendía como un león acosado; corría por todas partes; repartía golpes mortales, y en su furia parecia el ángel exterminador que dirige el rayo.

Una bala le hirió en el pecho, y al fin aquel hombre incansable, aquel cuerpo de un temple sin igual, se vió rendido, y dejando caer el retaco, cayó él tambien bañado en su sangre con las mortales agonías de una muerte próxima, y los padecimientos de su imaginacion, verdadero infierno que el hombre tiene dentro de sí mismo.

Dirigió una sonrisa amarga á los soldados, despues miró á su guarida, y el confuso recuerdo de sus amores y de los sentimientos religiosos de su infancia, dulcificó algun tanto su agonía.

El Tano llegó entonces, y sacando de un bolsillo el relicario, se lo dió á Paquiro.

—¡Capitan, sino hubiera encontrao po é niño é Dio que no guelvo!

El rostro de Paquiro estaba cárdeno, su mirada era descajada, sus facciones descompuestas; pero á vista de su relicario, que puso contra su pecho, se serenaron algun tanto, y dijo con cierta sonrisa: «aun tengo esperanza de salvacion; llévame á ver á Teresa.»

Y el Tano le condujo á la gruta.

Teresa, alma pura, y solo creada para las dulces sensaciones del amor; pobre flor delicada, que nacida en el apacible jardin de la dicha, has sido transportada al árido desierto que la lava del volcan de las pasiones destruye y abrasa!

Apenas veinte primaveras te han engalanado con sus flores; apenas conoces el significado de eso que tu oyes llamar mundos; apenas tu radiante hermosura empezaba á hacer que el hombre prodigase el incienso falaz de la alabanza ante tí, cuando ya marchitada esa flor de tu belleza empieza á perder sus vivos colores y lozanía.

¡Ay! ¿por qué los padecimientos no respetaron tu hieldad? ¿por qué el infortunio con saña fiera asaltó tu alma, llena de dulces ilusiones un dia, hoy amargada por el sufrimiento y los desencantos?

Cuando Paquiro, conducido por el Tano, llegó á la gruta, Teresa estaba de rodillas haciendo oracion por su amante, y ofreciendo á Dios consagrarse al retiro y penitencia por toda su vida si volvía con ella el infeliz bandido.

Teresa al verle se precipitó en sus brazos. «Dios se ha dignado escuchar mi súplica: vive Paquiro! Desde este momento tiene en mí el Señor una humilde y agradecida esclava.»

Paquiro no respondia.

«¡Paquiro de mi vida, habla! levanta esos ojos... mirame una sola vez!»

El bandido extenuado habia enmudecido para siempre. La infeliz Teresa cayó desmayada sobre su cadáver.

Poco tiempo despues tomó el velo en un convento de religiosas arrepentidas, y edificó al mundo por sus asombrosas austeridades.

J. NAVARRO Y SIERRA.



—*—*—*—

—*—*—*—

Sombra que al soplo de la sombra vienes
Como el rumor del caos misteriosa,
Las alas del silencio orlan tus sienas,
Y en el vacío tu mirar reposa.

La nada es tu vivir, y tus trofeos
Son las del mundo perdurables razas,
Y al estender tus brazos gigantes
La inmensurable eternidad abrazas.

Las ruinas de los siglos son tu trono,
Nubes de tempestad son tus banderas,
Pestes, y guerras, y hambres de tu encono
Por do quiera que vas son mensageras.

Dios te formó del rayo de su ira,
La cicuta y la hiel puso en tu pecho,
Por tu ojo airado el estérmino mira,
Y á tu lado el dolor vela en acecho.

Mustio es tu lábio, negra tu pupila
Como un horno sin fuego; en tus miradas
Negra la sombra en horchota se apila,
Son tus cabellos sierpes enroscadas.

Adán però, y entonces en enojos
Ardiendo, te hizo Dios, allá en su altura;
Mas cuando en calma á ti tornó sus ojos
Asombro dióle el contemplar su hechura.

«Vé al mundo, dijo, el hombre soberano
»Fué del mundo hasta aquí, y holló mis leyes:
»Vé, pues, al mundo; enséñale al gusano
»Lo que sus pueblos son y son sus reyes.

»No viven mas que al soplo de mi aliento,
»Solo á la luz de mis pupilas viven,
»Y aun osan vanos remontar su intento
»Hasta aquel de quien luz y aire reciben.

»Vé al mundo, vé, que el hombre anonadado
»Tiemble cobarde ante el aspecto tuyo;
»De hoy mas el tiempo le darás contado;
»Ni el instante en que viva ha de ser suyo.

»Que conozca el dolor, beba el veneno
»En tu copa fatal y reverente,
»Tiemble de espanto y de miseria lleno
»Al solo arqueo de mi augusta frente.»

Dijo: y al sordo son de su garganta
Los mundos todos con pavor temblaron;
Súbito el sol anublase y se espanta;
Los mares de temor se amontonaron.

Caiste entonces tú sobre la tierra
En un carro de sombra, alto el escudo,
La lanza al lado predicando guerra,
Lleno de arpones el carcaz sañado.

¡Cain! ¿dó está Cain? ¿alma de biena!
¡Duermel! ¿qué sonbira conturbó su sueño?
¿Qué aspido su sangre irrita y envenena,
Que así vá en pos de Abel con torbo empeño?

¡Abel! ¡El tierno Abel! ¡Tallo de rosa!
¿Qué oveja nunca del Pastor querida
Fué tanto como tú, de esa amorosa
Primer pareja en el Eden nacida?

Y bien, Cain es rayo, él iracundo
Abrasará esa flor; pronto de ducio
Se cubrirán los ámbitos del mundo,
Se colgarán las linites del Cielo.

Tú lo tocaste con tu dedo; piensa,
Y él ni aun sabe su idea donde mana;
Una hambre siente de estérmino intensa,
Mas quien la senda á su intencion allana.

Tú, tú llegaste á su ignorante oído;
Hiere diciendo á su inesperta mano:
La nube reventó, tú lo has querido;
Cenizas es el árbol mas lozano.

«Así de Dios la maldicion se escribe,
»Dijiste tú, acátese su nombre:
»El mas gigante que en el mundo vive
»Venga y medite aquí, esto es el hombre.

»Ya no habrá raza ni progenie alguna
»Que de mis rayos eximirse pueda;

»Desde el que vá á los pies de la fortuna,
»Hasta el que encubre mas su incierta rueda.

»Ni habrá en la vida duraderos lazos,
»Que han de arrancar mis iras tempestuosas,
»Los hijos de sus madres á los brazos,
»Y á los amantes senos las esposas.

»Solo una vida hay cierta: es el camino
»Que á ella conduce oscuro y de zarzales
»Sembrado por do quier; para ir con tino,
»Antes dejad las pompas mundanales.

»Allí el Señor que os hizo de la escoria,
»En su dulce aurigero os aguarda;
»Mundo es aquel de incomprensible gloria,
»¿Quién no se arriesga, pues? ¿Quién se acobarda?

Hablaste así: los hombres te escucharon,
Y tan terrible ya no te creyeron;
Siempre, no obstante, con pavor temblaron
Cuando cerca de sí tu voz oyeron.

Yo soy mas grande que ellos; tus arpones
No me espantan á mí, los desafío;
Si tuyas son cadenas y prisiones,
Mi espíritu inmortal es siempre mío.

Él hasta Dios sus alas remontando
Bebe en la fuente el manantial de vida;
El cuerpo habita aquí, mas el rogando
Gana ya un trono en la mansion querida.

Sigue, pues, muerto en tu eternal encargo;
Tuyo es el hombre, su existencia tuya;
Mas en lograr salir de este letargo,
Suyo es su ser, la eternidad es suya.

RAMON DE SATORRES.

(2 de abril de 1842.)



Festividades religiosas.

SANTIAGO.

Conclusion. Véase el número anterior.)

III.

La plaza mayor, llamada comunmente del Hospital, es un gran cuadro cerrado por cuatro edificios notables: el Seminario; el colegio de S. Gerónimo; el grande Hospital, fundacion de

los Reyes Católicos, y la Metrópoli con su fachada principal unida al viejo palacio del Arzobispo. Estos edificios forman un conjunto sublime. Todos tienen bellezas propias, ó por lo gótico y caprichoso de las formas, ó por la elegancia y buena distribución de las partes; sin embargo, la Metrópoli es entre ellos la Reina, la obra del genio. En sus adornos hay delicadeza y oportunidad, y entre sus cuatro cuerpos perfecta armonía. Del último de ellos arrancan dos esbeltas torres de 210 pies de altura, en una de las cuales está la matraca, fúnebre instrumento, que solo se tañe en el aniversario de nuestra Redención, y en la otra doce campanas tan acordes, que cuando repican infunden alegría al mas triste.

Para entrar en el templo por este lado se sube una antigua escalinata cerrada con rejas, que contribuye á la belleza del frontispicio. Aquí es en donde se levanta para festejar este día un templete ó castillo guardado de fuego artificial, que se extiende tambien á la escalinata y á una estacada que la cierra. Desde el toque de oraciones se habian reunido en esta gran plaza y en sus avenidas mas de 30,000 personas, que aguardaban el principio del fuego, entretenidas en recordar las opulentas funciones de otros tiempos, ó entonando á coro tiernas cántigas, acompañadas en aquel momento por las campanas, que llamaban á los perezosos y á los extraviados.

Dieron las nueve, y comenzaron á elevarse á los aires cohetes de mil variedades. Unos se parecían á estrellas vagas; otros á cintas de fuego, terminadas en un vistoso lazo; aquellos caían de las nubes formando un sol radiante; estos divididos en lágrimas encendidas ó en destelibrantes luceros; parte desaparecían por intervalos para volver á aparecer á mayor altura; algunos subían como un cirio encendido hasta perderse de vista, y la explosión de muchos era seguida de porción de diablillos que culebreaban traviesos hasta cerca de las cabezas de la muchedumbre. Siguiéron cuatro árboles de fuego, dos como cipreses, y dos figurando las aspas de un molino de viento: los primeros se dispararon en sucesivos estallidos, y poco despues se vistieron de nuevo de flores fosfóricas y de ruedas luminosas, que jiraban en direcciones encontradas. Sobre uno de ellos bailaba un pelele, lanzando fuego por todas partes á placer del inmenso pueblo. Una lluvia de lucería de cohetes y de buscapies vino á imponer silencio. Todas las cabezas se agacharon temerosas del fuego que caía de los cielos, como si las estrellas se hubiesen desprendido. La estacada, defensa de la escalinata, se cubrió de arcos luminosos, que se apagaron dando estrepitosos tronidos, y despues se mostró esta con sus rejas y barandillas vestidas de luz.

Cada nuevo trozo presentaba nuevas bellezas; ya se veían terribles explosiones volcánicas, ya repentinas salidas de multitud de culebrianas. Los ojos estaban absortos con los caprichosos juegos del fuego, y la variedad de sus colores. Por un momento quedó todo en profundo silencio y os-

curidad. El templete era lo único que restaba. Un fuerte triquitraque se estiende por él con rapidez, y queda envuelto en torbellinos de humo rojizo é inflamado. Una luz pálida ilumina la plaza y los edificios; pero en breve se disipa el humo, y el arca de Compostela, imagen de la urna cineraria del Cebedeo, aparece sobre nubes, tachoneada de fúlgidas estrellas, y con dos sauces de Babilonia de fuego rojo á sus lados. Alumbraron algunos minutos con sus vivos resplandores, y luego se deshicieron poco á poco dando estampidos de cañon, que alternaban con el continuo y horroroso fuego graneado del arca. Por fin, la estrella de esta se convirtió en un magnifico sol, que desde su blanco disco esparcía en todas direcciones hermosos rayos dorados, con lo cual, y algunas docenas de cohetes de á libra, y otro repique de campanas, terminó majestuosamente el fuego de Santiago.

Principió de nuevo la algaraza del pueblo, llamado de admiración hasta entonces. En un momento se llenaron de gente todas las salidas de la plaza, y en especial las que se dirigían á la feria. Cantos, alulús, gritos de gozo y exclamaciones de satisfacción ahogaban los ayes de las débiles mujeres, oprimidas por todas partes, y el llanto de los niños, poco seguros en los brazos que los conducían. Era preciso, para andar dos varas, dar veinte pasos, ó mas bien no dar ninguno, sino dejarse llevar en el aire; cuyo partido tomé al cabo, y fui á salir al campo de la feria, á cuyo punto se dirigía el mayor número. A la sombra de antiguos y frondosos robles, mil hogueras, mil luces indicaban otras tantas tiendas de campaña provistas de ribero en grandes toneles, de diversos y apetitosos guisos de varios pescados, de dulces ó de licores. Las guitarras, violines y flautas incitaban á la danza con sus melodías populares; había, en una palabra, en aquel campo tan fresco y sombrío, todos los elementos necesarios para pasar una noche de placer y de buena ventura.

IV.

Al amanecer del 25, despues que la mayor de las campanas saluda al día, la música de la capilla, apostada en la torre, toca una bulliciosa alborada. Los bajones y las chirrimias llaman á los dormidos, y les advierten que es llegado el día del regocijo. El pueblo despierta alborozado, se viste de gala, y corre al santo templo, construido sobre el sepulcro del Cebedeo.

Los pilares góticos que sostienen las prolongadas naves, están ocultos detras de riquísimas colgaduras de terciopelo carmesí, franjeadas de oro y tendidas de pilar á pilar. Los pulpitos de bronce cubiertos de suntuosos brocados, solo dejan ver de todos sus relieves y adornos las tres sirenas que los sostienen. Brillan los cirios y las lámparas bajo las bóvedas sombrías. Las seis naves de 270 pies de largo y 204 de ancho rebozan en gente. El áudito que circunda la iglesia se llena tambien de damas y caballeros. Los peregrinos mas madrugadores se han agrupado en

medio del crucero contra las lindas rejas de bronce que cierran la capilla mayor y el coro. Los demas se van colocando enfrente de las grandes vidrieras que hay al rededor de la capilla, entre grupos de columnas salomónicas, asentadas sobre un basamento de jaspe.

Esta columnata semi-circular, perfectamente dorada y ornada en todas sus partes de grecas, arabescos y camaseos primorosament: tallados, cierra una arca pavimentada de jaspes, sobre la cual se alza un rico camarín de plata, en cuyo centro está la imagen del Hijo del Trueno, sentada en un sillón también de plata; de modo que los fieles pueden abrazarla, subiendo al efecto por escalerillas laterales. Encima del camarín hay otra efígie del Santo en hábito de peregrino, y varios reyes adorándole. Es su majestuoso dosel una gran pirámide plateresca, sostenida por ocho ángeles colosales, y terminada por el Apóstol á caballo, á quien rodean cuatro manebos, que representan las virtudes teologales, y muchos ángeles con banderas ofrecidas al Patron de España, en reconocimiento de las victorias alcanzadas por su mediación.

Contemplaba yo una por una las bellezas de aquel magnífico trono, costado por la fé de todo el orbe cristiano, cuando por el ámbito sagrado se esparce de repente la armonía de los órganos, grande é incomprensible como la religión divina de que es eco. La procesion empezaba á recorrer la iglesia con la cabeza de Santiago menor en unas ricas andas de plata. Los preciosos ornamentos, el sonido agudo y al mismo tiempo meloso de las chirinias, los raudales de armonía de los órganos, y el movimiento de las jentes engalanadas, vertían en mi corazón profundos sentimientos.

Esta festividad en otro tiempo, no tendria igual en parte alguna. Ahora no existen los elementos de entonces; se acabaron los doce cardenales mitrados como obispos, concedidos por privilegio especial á la iglesia compostelana; apenas han quedado músicos en la capilla, y canónigos en el coro: sin embargo, esta festividad sobre un sepulcro es todavia, y será siempre, grandiosa y sublime.

Una de las cosas mas notables para el forastero era ver el enorme incensario pendiente á 80 pies de altura, de cuatro arcos de hierro dorado, que se entrecruzaban en el centro de la media naranja. Con el rápido movimiento que le comunicaban una porción de hombres, recorria en sus oscilaciones todo el crucero de bóveda á bóveda. Al pasar inflamado por encima de las cabezas daba temor, pero despues le seguian con placer los ojos admirados; entretanto recreaban á los demas sentidos el aroma del incienso, los sagrados cánticos, y las dulcísimas armonías de los órganos y de las voces é instrumentos de la capilla. Ese colosal incensario, inventado para purificar el aire en los tiempos en que los fieles pasaban la noche en el templo, es en la actualidad una gala de las principales festividades, un testimonio irrecusable de la grandeza pasada.

Concluida la procesion hubo una misa tan

solemne como lo requería la primera festividad de esta metrópoli; pero sin las ofertas, sin los votos usados, cuando no se habia borrado del corazón español la fé con que nuestros adalides clamaban: «¡Santiago, cierra España!»—Despues, aquellos que conservaban todavia algun resto de esa fé, corrieron á abrazar la santa efígie en su sôlo de plata, allí donde subieron reyes, santos y hombres célebres de todas las naciones.

Fuera del templo, habia por todas partes diversiones, lujo y forasteros que recorrian la ciudad en que hay tantos monumentos. La poblacion, desde el centro al extremo mas lejano de sus prolongados barrios, se ostentaba llena de vida, de riqueza y de contento.

Por la noche hubo iluminacion en la plaza mayor, y se iluminó también la linterna de la elevada torre de la Trinidad. En medio de las estrellas del firmamento, parecia el resplandeciente meteoro que reveló al mundo el sepulcro del Hijo del trueno, el escondido tesoro que dió á la España tantos campeones.

J. M. GIL.



PUNTOS DE SUSCRICION.

Se suscribe á este periódico en Madrid á CUATRO REALES al mes en el Gabinete literario de la calle del Príncipe; en la librería de *Villareal*, calle de Carretas; en la de *Denné é Hidalgo*, calle de la Montera; en la de *Poupart*, calle del Arenal.

Y en las provincias á 15 reales por trimestre en los puntos siguientes:

Albacete, señor Herrero Pedron. Alicante, Carratalá. Avila, Aguado. Algeciras, Grimaldi. Almería, Gonzalez. Alcoy, Cabrera. Badajoz, viuda de Carrillo y sobrinos. Burgos, Villanueva. Barcelona, Piferrer. Córdoba, Berad. Cornuá, Perez. Ciudad-Real, Gonzalez. Cuenca, Torres. Cádiz, Hortal y compañía. Cartagena, Benedicto. Figueras, Mijeville. Granada, Sanz. Guadalajara, Ruiz. Girona, Grases. Huesca, Castañera y Alegre. Huelva, Galvez y Palacio. Jaen, Maria Orozco. Jerez de la Frontera, Ruano. Lugo, Pujol y Macia. Logroño, Ruiz. Lérida, Espinosa Monfar. Málaga, Medina y Carreras. Murcia, Noguer. Orense, Gomez Novoa. Palma, Guaps. Pamplona, Ríjon. Ronda, Justo Fernandez. Salamanca, Moran. Santander, Riesgo. Santiago, Romero. Soria, Perez Rioja. Segovia, Brea. Sevilla, Santigosa. Santa Cruz de Tenerife, Ramirez. Talavera, Martinez. Toledo, Robello. Tudela Abadia. Valencia, Jimeno. Teruel, Jimeno. Valladolid, Rodriguez. Victoria, Ormilague. Zaragoza, Cebollar. Habana, Redaccion del Faro industrial.

IMPRESA DE LA VIUDA DE JORDAN É HIJOS.